

Jaime I el Conquistador y Alfonso X el Sabio: una compleja relación de encuentros y desencuentros

Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ
Universidad de Sevilla

INTRODUCCIÓN

La historia de la relación familiar y personal entre estos grandes monarcas del siglo XIII es larga y compleja. Su primer encuentro tuvo lugar cuando Alfonso, infante heredero entonces, se entrevistó con su futuro suegro en Almizra para dilucidar por dónde debían ir los linderos entre los reinos de Valencia y Murcia. Tenía entonces el castellano poco más de veintidós años y estaba experimentando el dulce placer de los éxitos políticos y militares, y hasta amorosos. Era un joven inexperto y, como todo joven, un tanto petulante. Jaime I había cumplido los treinta y seis años, había contraído matrimonio en dos ocasiones, había sorteado con éxito intrigas y sublevaciones de nobles y, sobre todo, estaba ya aureolado con la fama de rey conquistador y guerrero, avalada por la reciente conquista de Valencia y por la lejana y juvenil empresa militar de la ocupación de Mallorca. Su relación se había iniciado unos años antes, cuando Alfonso se comprometió en un matrimonio de estado con una princesa, niña aún, doña Violante, con el que se pretendían restaurar las relaciones entre Aragón y Castilla, muy deterioradas tras el fracaso del matrimonio entre don Jaime y la infanta castellana doña Leonor, hermana de la reina Berenguela, la madre de Fernando III, y la pugna por el control político de Navarra.¹

El matrimonio entre Violante de Aragón y Alfonso de Castilla no remedió del todo la mutua suspicacia entre suegro y yerno, hasta el punto de que Jaime estuvo de alguna forma detrás de la sublevación nobiliaria urdida en 1255 por el infante castellano don Enrique, hermano de Alfonso X. Las vistas de Soria, a mediados de marzo de 1256, parece que contribuyeron a mejorar las relaciones entre ambos monarcas. Volvieron a deteriorarse en 1257 tras la elección de Alfonso X como emperador de Alemania y así se mantuvieron hasta la sublevación mudéjar de 1264. En esa ocasión, la solidaridad familiar y el sentimiento común de pertenecer a un mismo ámbito cultural y político pesaron más que las antiguas discrepancias. Jaime I recuperó Murcia para Castilla. Sin embargo, el momento de mayor compenetración personal tuvo lugar en 1269, con motivo de la boda del infante don Fernando

1. Ferran Valls i Taberner resumió acertadamente las relaciones entre Jaime I y Alfonso X con estas palabras: «Malgrat aquests llaços de família, les relacions entre Jaume el Conqueridor i Anfós el Savi foren amb freqüència poc cordials i algunes vegades bastant tívants, mes en altres ocasions i especialment en els últims anys esdevingueren sincerament afectuoses»: Ferran VALLS I TABERNER, «Relacions familiars i polítiques entre Jaume I el Conqueridor i Anfós X el Savi», *Bulletin Hispanique*, núm. 13 (1918), p. 10. Estudio reimpresso en Ferran VALLS I TABERNER, *Obras selectas de Valls y Taberner*, edición de R. d'Abadal y J. E. Martínez Ferrando, vol. 6, Barcelona, CSIC, 1957, p. 233-262.

de la Cerda, a la que acudió Jaime I. Años más tarde, cuando Alfonso X se dirigió al Imperio, para entrevistarse con el papa Gregorio X para despejar el futuro de sus aspiraciones a la Corona imperial, fue recibido con todo el cariño y muestras de aprecio propios de una familiaridad sólidamente asentada. Y ya en vísperas de su muerte, Jaime volvió a prestarle ayuda militar y financiera para hacer frente al peligro musulmán que se cernía sobre Andalucía a raíz de la invasión de los benimerines (1275). Un año más tarde, fallecía el conquistador de Valencia y Mallorca. Se iniciaban también los dramáticos años finales del reinado de Alfonso X.

Las relaciones entre Jaime I y Alfonso X fueron inicialmente tibias cuando no tensas.² A pesar del compromiso matrimonial entre el entonces infante castellano y Violante, primogénita del segundo matrimonio del monarca aragonés, la cordialidad no fue precisamente la tónica de las relaciones entre ambos. Sin duda aún pesaba en la corte castellana el asunto de la sucesión de Navarra y la pretensión de Jaime I de convertirse en heredero de Sancho VII, algo que Fernando III consideró una amenaza que trató de neutralizar concertando el enlace matrimonial de Alfonso con la heredera de Teobaldo I, el primer monarca navarro de la dinastía champañesa.³ A exacerbar las relaciones entre los dos reinos contribuiría también la buena acogida y la presencia asidua en la corte castellana del infante aragonés Alfonso, hijo del disuelto matrimonio de Jaime I con Leonor de Castilla, hermana de Fernando III, cuyas relaciones con su padre no eran ni fueron en adelante especialmente buenas. Por ello, el matrimonio de Alfonso con Violante de Aragón fue concertado para limar estas diferencias y para restaurar las relaciones amistosas entre ambos monarcas.

Los esponsales se celebraron «per verba de presenti» en la capilla del alcázar real de Valladolid el día 26 de noviembre de 1246. Hacía ya algunos años que la infanta aragonesa se educaba en Castilla, al cuidado de sus ayos don Jufre de Loaysa y doña Jacometa. El acto se celebró en la más estricta intimidad a juzgar por el escaso número de asistentes a la ceremonia: unos cuantos clérigos y frailes, los miembros del séquito de doña Violante, incluidos sus ayos, y, por parte del infante Alfonso, su aya doña Mayor Arias y Urraca Pérez, su ama o *nutrix*.⁴ Tenía entonces doña Violante no más de diez años.⁵

2. Muchos de los datos de esta ponencia proceden de mi libro: Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Alfonso X el Sabio*, Barcelona, Ariel, 2004.

3. El acuerdo entre Fernando III y Teobaldo I se firmó en Almazán el 11 de septiembre de 1234. El rey castellano, en prueba de amistad y buena voluntad, dio al de Navarra en usufructo vitalicio Fuenterrabía, San Sebastián y Monteagudo. El 31 de octubre, en Logroño, se firmó un nuevo acuerdo complementario del anterior. Por él, el rey de Navarra se comprometía a dar a su hija Blanca *in maritagium* o dote los castillos de Tudela, Funes, Falces, Valtierra, Monreal, Inzura, Estella, Los Arcos, Marañón y Buradón. Por su parte, el rey castellano, además de las villas de Guipúzcoa ya prometidas, se obligó a entregar al de Navarra todas las rentas de Logroño y Calahorra, valoradas en dos mil mrs. anuales, y, como dote de Blanca, Miranda, Haro, Pancorbo, San Pedro de Yanguas, Saldaña, Medina de Río Seco, Castralmón, Moral de la Reina, Aguilar de Campos, Tordesillas, Mansilla de Mulas y Astorga: Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Alfonso X...*, nota 9. Siendo Blanca la heredera del reino de Navarra, se entiende la generosidad de Fernando III. Según Lacarra, Teobaldo I pensaba sólo afianzarse en el trono, y por ello buscó la amistad de Fernando III. La prueba de ello es que en 1235 casaba a su hija con Juan, hijo del conde de Bretaña: José M^a LACARRA, *Historia política del reino de Navarra desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, vol. II, Pamplona, 1972, p. 132-135. Sobre esta cuestión, ver Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Fernando III el Santo*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2006, p. 145-149.

4. ACA, perg. Jaime I, núm. 1065. El texto se publicó en *Memorial Histórico Español* [en adelante *MHE*], vol. I, Madrid, Real Academia de la Historia, 1851, nota 1.

5. Se desconoce el año exacto del nacimiento de Violante de Aragón, hija de Jaime I y de su segunda esposa Violante de Hungría. El compromiso matrimonial de sus padres tuvo lugar el 23 de febrero de 1235, lo que ha permitido suponer que Violante nació hacia 1236. Véase Richard P. KINKADE, «Violante of Aragon (1236?-1300?): An Historical Overview», *Exemplaria Hispanica. A Journal on Alfonso X and Alfonsine Iberia*, núm. 2 (1992-1993), p. 1-37.

EL TRATADO DE ALMIZRA

Ignoramos si, antes de la serie de las entrevistas que tuvieron lugar en Almizra en 1244 para delimitar la frontera entre los reinos de Valencia y Murcia, Jaime I y Alfonso habían tenido algún contacto personal directo. En cualquier caso, la primera ocasión en que se vieron para tratar de un asunto de estado no dejó un buen sabor de boca en el rey de Aragón, aunque otra cosa se afirme en su autobiografía. Tenía Alfonso entonces veintidós años cumplidos y estaba experimentando el dulce sabor de la victoria por la conquista de Murcia. Jaime, en cambio, estaba ya de vuelta en la vida, tras más de veinte años de reinado efectivo. Aparte la diferencia de edad, sobrepasaba al infante en experiencia política, militar y, sobre todo, humana. Se enfrentaban dos temperamentos: reflexivo, el uno; impetuoso y hasta un punto petulante, el otro. Las jugadas previas a la entrevista —descritas con mucho detalle en el *Llibre dels feits*, lo que resta por supuesto imparcialidad al relato— tuvieron como eje el intento del infante de hacerse con el control de Játiva, que consideraba parte del reino murciano a pesar de que se oponía a lo acordado en Cazola, que señala la sierra de Biar como límite común entre las tierras pertenecientes a la conquista tanto aragonesa como castellana, y la respuesta del rey aragonés ocupando Villena y otras aldeas de su entorno.

Al final, mediante la eficaz intervención de la reina Violante de Hungría que veía peligrar el matrimonio entre su hija y el infante don Alfonso, pudo firmarse el oportuno acuerdo que decidió, de momento, la frontera entre los reinos de Valencia y Murcia. Seguramente, en el ánimo del infante —que inoportunamente había planteado su reclamación alegando que su futura esposa no había aportado dote alguna al matrimonio— pesaría, y bastante, la sugerencia del rey aragonés de que, más importante que la dote, era la ayuda militar que este enlace le proporcionaría en el futuro.⁶ Y en verdad que siempre que Alfonso X solicitó la ayuda de su suegro la recibiría con creces, como veremos.⁷

Tres años después de la celebración de los esponsales entre el infante don Alfonso y doña Violante, tuvo lugar la boda propiamente dicha. Acababa el heredero de Castilla de cumplir veintisiete años el mismo día de la capitulación de Sevilla (23 de noviembre de 1248), y la infanta aragonesa había llegado a la edad núbil. No tiene, pues, nada de extraño que tanto Jaime I como Fernando III hablasen de celebrar sin más tardanza la ceremonia nupcial. En carta dirigida al rey aragonés, dada en el campamento de Sevilla el día 24 de noviembre, el Rey Santo proponía a su consuegro el 24 de junio como fecha de celebración de la boda principesca, al tiempo que expresaba su intención de acudir a la misma personalmente o, en cualquier caso, enviar al mayor número posible de sus nobles. Finalmente aludía a la cuestión de las arras, que fueron efectivamente muy generosas, como correspondía a la mujer del infante heredero.⁸ Por su parte, ese mismo día, el infante don Alfonso despachaba una carta a su suegro en la que le proponía que la boda se celebrase en Uclés, «porque es cerca de la vuestra terra», y le ga-

6. En el capítulo 346 del *Llibre dels feits*, Jaime I argumentó, frente a la exigencia planteada por el infante castellano de «tierras a costa de nuestra hija», que bastante tenía con la seguridad de que le ayudaría cada vez que hiciese falta con «mil o dos mil caballeros, junto con Nos mismo. Y esto no una vez sino dos, o tres, o diez, si fuera necesario»: *Libro de los hechos del rey Don Jaime*, traducción y notas de Julia Butiñá Jiménez, Madrid, Gredos, 2003, p. 390-391.

7. En septiembre de 1246, el infante don Alfonso, a punto de invadir Portugal en auxilio del rey Sancho II Capelo, que había sido depuesto por el papa y hacía frente a la guerra civil que le enfrentaba con su hermano, conde de Bolonia y futuro Alfonso III, solicitó de Jaime I el envío de un contingente de trescientos caballeros. Publica la carta Ferran VALLS I TABERNER, «Relacions familiars i polítiques entre Jaume I el Conqueridor i Anfós X el Savi», *Bulletin...*, núm. 13 (1918), p. 13; también Ferran VALLS I TABERNER, *Obras selectas...*, vol. 4, p. 233-262.

8. Cf. Ferran VALLS I TABERNER, «Relacions familiars i polítiques entre Jaume I el Conqueridor i Anfós X el Savi», *Bulletin...*, núm. 13 (1918), p. 17. Según el padre Flórez, se le entregaron las villas de Valladolid, San Esteban de Gormaz, Astudillo, Ayllón, Curiel y Béjar, entre otras: Enrique FLÓREZ, *Memorias de las Reynas Católicas*, vol. II, Madrid, Aguilar, 1959.

rantizaba la presencia de la reina doña Juana de Pontis en el caso de que el rey su padre no pudiese personarse en la ceremonia nupcial. Rogaba que asistiesen a la boda los infantes aragoneses o, al menos, uno de ellos. Ahora bien, en el supuesto de que ni Fernando III ni Jaime I pudiesen asistir, Alfonso consideraba «que el más conveniente lugar sería Valladolid ó ella [la infanta doña Violante] está.»⁹

Pasada la Navidad, el infante don Alfonso abandonó Sevilla para dirigirse a Uclés, donde pensaba entrevistarse con Jaime I. No es seguro que la entrevista tuviese lugar. Sin embargo, una cosa es cierta: la boda se celebró sin la asistencia de los padres de ambos esposos. Ignoramos qué impedimentos tuvieron para no acercarse a Valladolid. En el caso de Fernando III, pudo impedirlo su mal estado de salud. No parece haber sido éste el caso de Jaime I. ¿Habían vuelto a empeorar las relaciones con su yerno? No lo sabemos.

NUEVOS MOTIVOS DE FRICCIÓN

En 1254, Alfonso X, monarca ya desde julio de 1252, firmó con Inglaterra un tratado que puso fin a la reclamación de la Gascuña, sancionado meses más tarde con el matrimonio en Las Huelgas de Burgos entre el heredero del trono inglés, el príncipe Eduardo, y la infanta Leonor, hija del segundo matrimonio de Fernando III, y con el compromiso de Enrique III de Inglaterra de participar con el rey castellano en una cruzada «ad partes Africanas». Este acuerdo y alianza no sólo resolvía un viejo contencioso planteado ya por Alfonso VIII a comienzos del siglo, sino que estaba dirigido especialmente contra Navarra, regida por Teobaldo II, que aún no había alcanzado la mayoría de edad.

Como era de prever, Navarra y Aragón se sintieron amenazadas por el tratado anglocastellano y respondieron al mismo con la firma en Monteagudo (Navarra), en abril de 1254, de un nuevo acuerdo de amistad y ayuda mutua. La tensión fronteriza se hizo cada vez más perceptible, hasta el punto de que Alfonso y Jaime I se dispusieron a ventilar la crisis navarra por las armas. El enfrentamiento pudo evitarse gracias a la mediación de amigos comunes, según cuenta Desclot. Ambos reyes hicieron las paces, aunque tal vez el cronista exagera un poco al describir la actitud humilde de Alfonso X en su entrevista con Jaime I:

Ells s'encontraren, e abraçaren-se, e besaren-se en la boca, e ploraren amdós molt fort e demanaren-se perdó la un a l'altre; e el rei de Castella humilià's al rei d'Aragó molt fort.¹⁰

Hubo también otro motivo que impidió el choque armado entre ambos monarcas: la sublevación del caudillo mudéjar Al-Azraq en el sector meridional del reino de Valencia, todavía muy densamente poblado de moros,¹¹ y el conflicto de Alfonso X con un cierto sector de la nobleza, encabezado por don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, y el infante don Enrique, hermano del rey.

9. Ferran VALLS I TABERNER, «Relacions familiars i polítiques entre Jaume I el Conqueridor i Anfós X el Savi», *Bulletin...*, núm. 13 (1918), p. 18-19. Se ha especulado sobre la fecha de la boda de Alfonso y Violante. Según Valls i Taberner, la bendición nupcial tuvo lugar en Valladolid, el primero de diciembre de 1249, oficiando el dominico fray Gil de Castro y actuando como testigo el electo de Burgos, fray G. de Faria, también dominico, y los franciscanos fray Guillem de Briva y fray Martín de Orbaneja, así como el notario Ponç de Vilanova.

10. Bernat DESCLOT, *Llibre del rei En Pere*, en Ferran SOLDEVILA (ed.), *Les quatre grans cròniques*, Barcelona, Selecta, 1971, p. 445.

11. Ver, entre otros trabajos de ámbito general, José HINOJOSA MONTALVO, *Las tierras alicantinas en la Edad Media*, Alicante, Diputación de Alicante, 1995; Pedro LÓPEZ ELUM, *La conquista y repoblación valenciana durante el reinado de Jaime I*, Valencia, Ayuntamiento de Onteniente, 1995.

En efecto, Al-Azraq, tras la capitulación de Valencia en 1238, controlaba todo el sur del reino, hasta la sierra de Biar. Al rendirse Denia en 1245, el caudillo musulmán firmó una ventajosa capitulación que le permitió controlar durante algún tiempo los principales castillos de la zona así como percibir la mayor parte de las rentas de la población mudéjar. Entre 1248 y 1258, Al-Azraq protagonizaría varias sublevaciones contra Jaime I, siendo obligado al final a rendir sus fortalezas y a exiliarse en Granada, de donde regresaría en 1275 para encabezar la última de las revueltas contra la presencia aragonesa en el territorio valenciano.¹²

El *Libro de los hechos* defiende la opinión de que Alfonso X apoyó de forma clara la sublevación de Al-Azraq. La verdad es que no estoy muy seguro de ello, porque una cosa era permitir que el caudillo mudéjar y sus seguidores, expulsados de sus enclaves, se refugiasen en Castilla o atravesasen el reino de Murcia para pasar a Granada y otra muy distinta era alentar y apoyar directamente a los sublevados, aunque sólo fuese por miedo a que la revuelta se extendiese por tierras murcianas, pobladas en su mayor parte por musulmanes. El dato que facilita Zurita de que Alfonso X ordenó poner «más gente de guerra de la que antes había en sus guarniciones [murcianas]»¹³ puede muy bien interpretarse como una medida precautoria para que el conflicto no se extendiese a las aljamas mudéjares del reino de Murcia. Y que esto puede haber sido así lo prueba el hecho de que, ante las noticias alarmantes que le llegaban de Valencia, Alfonso se desplazó inopinadamente a Murcia a comienzos de julio de 1254 y allí permanecería hasta el 4 de septiembre. Jaime I, sabedor de la presencia de Alfonso en el reino de Murcia, a mediados de julio se acercó a Biar, en la frontera misma de Valencia con tierras castellanas. Y tan dudoso estaba de las intenciones del rey castellano que el 15 y 16 de julio hacía jurar a su hijo, el infante don Alfonso de Aragón, que, en caso de guerra, no prestaría ayuda al rey castellano.¹⁴ Las cosas no pasaron a mayores, pero este incidente es buena prueba de que las relaciones entre Jaime I y Alfonso X no estaban en su mejor momento.¹⁵

Más complejas fueron las razones que movieron a Jaime I a participar, aunque a la postre se volviese atrás, en la sublevación nobiliaria encabezada en 1255 por el infante don Enrique, hermano de Alfonso X. A primera vista, pudiera pensarse que fue la respuesta del monarca aragonés a la actitud, cuando menos ambigua, de su yerno ante la sublevación de Al-Azraq. Pudo haber algo de esto. Sin embargo, parece que la verdadera causa de su implicación en este conflicto interno castellano fue el proyecto de Alfonso X de convertirse en monarca hegemónico en el ámbito hispano. Jaime I, el último representante de la España de los Cinco Reinos, no estaba dispuesto a admitir cualquier tipo de subordinación a Castilla y posiblemente vio en las intrigas del infante don Enrique una oportunidad de oro para frenar las apetencias del rey castellano.

12. Sobre la revuelta de Al-Azraq, ver Carlos de AYALA, *Directrices fundamentales de la política peninsular de Alfonso X*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1986, p. 87-91.

13. Jerónimo ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, ed. Á. Canellas López, vol. III, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1977, p. 578.

14. Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari de Jaume I «el Conqueridor»*, Barcelona, 1918, p. 239.

15. El caudillo Al-Azraq, que había sido derrotado en Benicadell, se refugió en Murcia con la esperanza de obtener el apoyo de Alfonso X, quien, naturalmente, no se lo otorgó. Sin embargo, la autobiografía de Jaime I ofrece un relato ambiguo y, hasta si se me apura, malicioso de estos acontecimientos, como la famosa escena en la que Al-Azraq, preguntado por Alfonso X si sabía cazar, le respondió que «cazaría [para Alfonso] castelles del rei d'Aragó»: *Libro de los hechos*, cap. 377. A propósito de esta anécdota y de la protesta formal elevada por Jaime I a Alfonso X por el buen trato que dispensaba a su enemigo, Soldevila comenta que «aquesta carta no ha arribat fins a nosaltres.» Ferran SOLDEVILA, *Crònica del rei Jaume I el Conqueridor*, Barcelona, Selecta, 1983, p. 341, nota 6 al cap. 377. Ello confirma el carácter de rumor sin fundamento de este incidente.

La enemistad entre Alfonso y Enrique venía de atrás, por lo menos desde la conquista de Sevilla. Se acentuaría al verse privado de las expectativas de convertirse en señor de Jerez y de otras villas aledañas como Lebrija y Arcos de la Frontera. Animado por otros nobles descontentos con el nuevo monarca, entre ellos el señor de Vizcaya, don Diego López de Haro, que había sido destituido del cargo de alférez real, Enrique intentó reclamar sus derechos por la vía de la fuerza. Don Diego López de Haro, que había abandonado el reino en 1254, firmaba en agosto de dicho año, en Estella, un acuerdo con Jaime I en virtud del cual ambos se comprometían a ayudarse mutuamente contra Alfonso X. El mismo día, dos ricos hombres castellanos, Ramiro Rodríguez y Ramiro Díaz, que acompañaban a don Diego en su exilio, firmaron también un compromiso semejante con el rey de Aragón. Eran, con toda seguridad, la punta del iceberg de un movimiento de mayores proporciones en el que estaban implicados, además del infante don Enrique, otros muchos nobles descontentos con la política del rey castellano.

Jaime I acogió con los brazos abiertos a todos ellos, como hiciera con don Diego y los otros nobles «desnaturados» de Castilla. En las primeras semanas de 1255, en la aldea de Maluenda, cercana a Calatayud, el rey aragonés concertaba una alianza con el nuevo señor de Vizcaya, don Lope Díaz, y con el infante don Enrique, por la cual se comprometía a ayudarles contra Alfonso X. Una de las cláusulas del acuerdo contemplaba el matrimonio del infante don Enrique con doña Constanza, hija del monarca aragonés.¹⁶

La revuelta no se produjo de forma inmediata y es más que seguro que Alfonso X estuviese bien informado de los movimientos de su hermano, si bien no parece haberle inquietado mucho la amenaza. Es hasta probable que Jaime I practicase un doble juego, informando a su yerno de lo que estaba pasando, al tiempo que alentaba el descontento de los nobles. Pero la noticia del compromiso matrimonial de la infanta heredera Berenguela con el heredero del trono de Francia debió alarmar a Jaime I, ya que reforzaba el cerco castellano sobre Navarra.¹⁷ Esto fue, tal vez, lo que le decidió a implicarse de lleno en la revuelta que tramaba el infante don Enrique. De esta forma, en un gesto claramente inamistoso, el 6 de septiembre, en Estella, se comprometía a ayudar tanto a don Lope Díaz como al infante don Enrique contra Alfonso «fasta quel vuestro pleito se ponga en guisa e en manera que vos seades pagados.»¹⁸

Fiados en estos apoyos, a fines de octubre de 1255, don Enrique y los nobles exiliados iniciaron, de forma simultánea, las hostilidades en los dos puntos extremos del reino: Andalucía y Vizcaya. Don Enrique fue derrotado cerca de Lebrija, viéndose obligado a abandonar el reino, a donde no regresaría hasta 1294. El nuevo señor de Vizcaya y su madre y tutora se encerraron en Orduña para acabar sometiéndose al rey castellano, quien se hizo con esta villa vizcaína, junto con la de Valmaseda.

A pesar de sus promesas y compromisos, Jaime I no movió un dedo para apoyar al infante don Enrique ni a los restantes implicados en la revuelta. Lo hizo tal vez por una razón de principio, ya que él había experimentado en su carne la amenaza que la nobleza suponía para la realeza y sus poderes.

16. A las vistas de Maluenda y al proyectado matrimonio entre don Enrique y doña Constanza alude don Juan Manuel, en el *Libro de las armas*: Andrés GIMÉNEZ SOLER (ed.), *Don Juan Manuel. Biografía y estudio crítico*, Zaragoza, 1932, p. 683-684. Según Antonio Ballesteros, teniendo en cuenta este dato y el itinerario de Jaime I, la entrevista del rey aragonés con los sublevados pudo tener lugar entre enero y febrero de 1255: ANTONIO BALLESTEROS, *Alfonso X el Sabio*, 2ª ed., Barcelona, El Albir, 1984, con índices de Miguel Rodríguez Llopis, p. 112-113.

17. Cf. Joseph F. O'CALLAGHAN, *El Rey Sabio. El reinado de Alfonso X de Castilla*, trad. de M. González Jiménez, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1996 (2ª ed., 1999), p. 196-197.

18. Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 247.

También debieron influir en la decisión del rey aragonés de apartarse de la revuelta de los nobles castellanos las súplicas de su hija Violante. Los seguidores de don Enrique bien que le reprocharían no haber cumplido con sus compromisos, como se evidencia en la coplilla que circuló por entonces entre los enriqueños:

Rey velho que Deus confonda,
tres son estas con a de Malonda.¹⁹

El sometimiento de los nobles sublevados contribuyó a aliviar las tensiones entre Castilla y sus vecinos. En gran medida, ello se debió a la propia magnanimidad del rey castellano y a su amor por el compromiso. De esta forma, mientras la reina doña Violante trataba de concertar una entrevista entre su padre y su marido, éste convocaba Cortes en Vitoria en enero de 1256, a las que acudió el rey navarro Teobaldo II con la intención de amistarle con su poderoso vecino. No es cierto que llegase a prestar homenaje a Alfonso X, como afirma Pedro Marín, autor de los *Milagros romanizados de Santo Domingo de Silos*, por cuanto Teobaldo nunca figuró formalmente entre los vasallos del monarca castellano.²⁰ Pero hubo algún tipo de reconocimiento de superioridad del rey castellano en razón de la cesión feudal al de Navarra, a título personal y vitalicio, de los puertos de San Sebastián y Fuenterrabía, de vital importancia para la economía del reino pirenaico, ya que constituían su única salida al mar. Un texto tardío, la *Crónica de los reyes de Navarra*, atribuido al príncipe Carlos de Viana, avala la opinión de Pedro Marín, ya que en él se dice que el rey navarro o su senescal se obligaron a acudir en adelante a las reuniones de Cortes y a prestar al rey de Castilla, cada vez que fuese requerida por él, una ayuda militar de doscientos hombres de armas.²¹

A la vista de la derrota de los sublevados y del vuelco experimentado en el juego de alianzas, Jaime I entendió que había llegado la hora de hacer las paces con su yerno. No obstante, por si las negociaciones no llegaban a buen puerto, el rey aragonés se preparó también para la guerra.²² No fue necesario llegar a este extremo. A mediados de marzo de 1256, Alfonso X y Jaime I se entrevistaron en Soria. Es dudoso que, conociendo el carácter del rey de Aragón, éste se acercase a las vistas en la actitud humilde y contrita con que le pinta el autor de los *Miráculos*. Tampoco lo hubiese consentido el rey castellano, que siempre sintió por su suegro una admiración a prueba de toda duda. Debió ser, por supuesto, una reunión política, en la que se selló una paz y amistad perpetuas, que ponía fin a varios años de desavenencias y recelos; pero, al mismo tiempo, se trató de una reunión familiar largo tiempo aplazada. De lo tratado entonces sabemos poco. Un diploma de Jaime I de agosto de 1257 alude a las «cartas que fueron fechas en Soria», en virtud de las cuales ambos monarcas se comprometieron a «emendar todas las pendras et todos los danyos que se fizieron de la nuestra tierra a la suya, et de la suya a la nuestra.»²³ Se habló también, como nueva garantía de paz, del acuerdo matrimonial entre el

19. DON JUAN MANUEL, *Libro de las armas*, en Andrés GIMÉNEZ SOLER (ed.), *Don Juan Manuel*, p. 684 (34). Ver Antoni BALLESTEROS, *Alfonso X...*, p. 115. A la súplica de la reina doña Violante se alude en el *Libro de las armas*, p. 683-684 (27-31).

20. Pedro MARÍN, *Miráculos romanizados de Santo Domingo de Silos*, ed. de fray Sebastián de Vergara, Madrid, 1736, p. 133: «E seyendo y [en Vitoria], veno a él [Alfonso X] don Tibalt, rey de navarra, a sus Cortes, e tornós su vasallo.» Ver también Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, «Unos anales del reinado de Alfonso X», *BRAH*, núm. 192 (1995), p. 475 (2).

21. *Crónica de los Reyes de Navarra*, atribuida a D. Carlos, Príncipe de Viana, ed. de Carmen Orcástegui, Pamplona, 1978, p. 169.

22. En febrero de 1256, Jaime I firmó un acuerdo con Álvaro Pérez de Azagra, señor de Albarracín, en virtud del cual éste se comprometió a ayudarlo en caso de guerra con Castilla: cf. Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 251.

23. *MHE*, vol. I, notas 57 y 58.

infante don Manuel, hermano de Alfonso, y la infanta aragonesa doña Constanza, hija de don Jaime, anteriormente prometida al infante don Enrique.

LA CUESTIÓN DEL IMPERIO

Como es sabido, en marzo de 1256 tuvo lugar en Soria, además de las vistas y paces firmadas entre Jaime I y Alfonso X, un suceso que marcaría de forma decisiva el rumbo de la política del Rey Sabio. Me refiero a la embajada de la República de Pisa que llegó a Soria para ofrecer a Alfonso el reino de Italia y el Imperio —vacantes por muerte del antiemperador Guillermo IV de Holanda—, que, según el embajador pisano Bandino Lancia, le correspondían en razón de ser descendiente, por su madre la reina doña Beatriz, de las dinastías imperiales de los Staufen alemanes y de los Comnenos bizantinos. Un año más tarde, en abril de 1257, Alfonso fue elegido emperador en Fráncfort, «en discordia», como afirma el autor de la crónica regia. A pesar de ello, el rey castellano comenzó a actuar como emperador y a titularse como tal. Y no sólo eso. Creyó llegado el momento de comenzar a desarrollar la política hegemónica en España que había tratado de imponer en sus relaciones con los restantes reinos cristianos y que de hecho venía aplicando en los enclaves islámicos vasallos de Murcia, Granada, Niebla y Jerez. Y es que, en efecto, de una forma u otra, Teobaldo II y Alfonso III de Portugal reconocían la superioridad de Castilla. Sólo restaba incorporar a Aragón a este renacido Imperio hispánico. Ramón Muntaner captó muy bien que lo que había detrás del empeño alfonsí en ser reconocido como emperador de Alemania no era otra cosa que allanar el camino para dar cumplimiento a su ambición de «ésser emperador de Espanya».²⁴

En enero de 1259, convocó Alfonso X Cortes en Toledo para recabar fondos para el «fecho del Imperio». Es probable que en ellas, como afirma O'Callaghan, el rey anunciase su intención de ir a Roma para ser coronado emperador.²⁵ Sin embargo, el asunto no estaba lo suficientemente maduro como para arriesgarse a un viaje de resultados inciertos, especialmente después de que se hubiesen hecho públicas las preferencias del papa por Ricardo de Cornualles. Es probable también que Alfonso X aprovechara esta reunión de Cortes, como opina O'Callaghan, para expresar su proyecto de ejercer, en razón del título imperial, la hegemonía sobre toda la península Ibérica, resucitando así las pretensiones imperiales de los reyes de León.

Todo esto debió llegar a oídos de Jaime I, quien, como afirma don Antonio Ballesteros, se «temía se resucitasen los tiempos de Alfonso VII el Emperador y no estaba dispuesto a que se repitiese la preponderancia de Castilla.»²⁶ Sabía muy bien, porque conocía el carácter y las ideas de su yerno, lo que para él significaba ser emperador: ejercer una hegemonía sobre todos los reinos peninsulares, sobre la cual creía tener derechos históricos, que sólo el reconocimiento pontificio podía hacer efectiva. Pero no sólo eran sospechas. La preocupación de Jaime se acentuó al recibir una misiva de Alfonso X en la que éste le hacía partícipe de sus planes hegemónicos. Es una pena que la carta del rey castellano a su suegro no haya llegado a nosotros. Sí se ha conservado, en cambio, un escrito de Jaime I a su *procurator*, fechado en Mora a 23 de septiembre de 1259, encargándole que preparase una respuesta jurídica a la pretensión de Alfonso X al Imperio de España:

24. Ramon MUNTANER, *Crònica de Pere III*, en Ferran SOLDEVILA (ed.) *Les quatre grans cròniques*, p. 688a.

25. Joseph F. O'CALLAGHAN, *Las Cortes de Castilla y León 1188-1350*, Valladolid, Cortes de Castilla y León, 1989, p. 115.

26. Antonio BALLESTEROS, *Alfonso X...*, p. 235.

Quod sit [rex Castelle] Imperator Hispanie, vel quod Nos sive regna et terras nostras, in aliqua subjectione ratione imperio vel qualibet alia ratione.²⁷

(Que el rey de Castilla sea Emperador de España o que Nos o nuestros reinos y tierras le estemos sometidos por causa del Imperio o por cualquier otra razón.)

Ignoramos en qué pararon tanto la iniciativa de Alfonso X como la contraofensiva de Jaime I. Aparentemente, las relaciones entre ambos monarcas no se resintieron. Prueba de ello es la ayuda otorgada ese mismo año por el rey castellano a su suegro cuando éste le planteó su proyecto de llevar a cabo una cruzada a Tierra Santa,²⁸ a la que correspondió el Conquistador al año siguiente cuando Alfonso, en las vistas de Ágreda para renovar los acuerdos de 1256, solicitó de su suegro ayuda para la cruzada que estaba preparando contra Ceuta.²⁹

No obstante este espíritu de amistad y colaboración, las relaciones entre los dos monarcas experimentaron muy pronto un nuevo enfriamiento. En efecto, cuando Alfonso se acercó a las posiciones del papa, mediante el establecimiento de relaciones diplomáticas con Florencia, ciudad declaradamente güelfa, Jaime I respondió con una alianza con Manfredo, representante de los intereses de los Staufen y regente del reino de Italia en nombre de su sobrino Conradino, que se selló con el matrimonio entre el futuro Pedro III el Grande y la hija de aquél, Constanza.³⁰ Alfonso X, como era de esperar, acusó el golpe y se lo reprochó en una carta memorable. Para tantear el pensamiento de su suegro, el Rey Sabio envió a la corte de Jaime I a don Alfonso Téllez con el encargo de transmitirle su opinión contraria a la proyectada boda del infante don Pedro, que Alfonso consideraba como una amenaza para sus intereses imperiales. La misiva, dada en Córdoba a 20 de septiembre de 1260, concluye con este grave reproche: «Ningún omne del mundo tan grande tuerto nunca recibió como nos recibimos de vos.»³¹

LA HORA DE LA RECONCILIACIÓN

Hasta la sublevación mudéjar de 1264, que afectó a Andalucía y a Murcia, y que a punto estuvo de dar al traste con las conquistas logradas en tiempo de Fernando III, las relaciones entre Jaime I y su yerno habían estado presididas por la desconfianza mutua. Las cosas cambiaron radicalmente a partir de esta fecha. El viejo rey, que había hecho frente a la larga sublevación de Al-Azraq, era muy consciente de la amenaza que suponía no sólo para Castilla sino para su propio reino la alianza entre mudéjares y granadinos, apoyados ambos por el poder emergente de los benimerines. Alfonso, por su parte, quedó literalmente aturdido por la ruptura, sin preaviso alguno, del pacto de Jaén de 1246, que

27. *MHE*, vol. I, nota 69.

28. Cf. Odilo ENGELS, «El rey Jaime I de Aragón y la política internacional del siglo XIII», en *Jaime I y su época*, vol. I, Zaragoza, 1979, p. 238.

29. El 3 de abril Jaime I autorizaba a sus súbditos a participar en la campaña que el rey de Castilla preparaba «contra sarracenos ad exaltandam fidem catholicam», siempre que no fuesen contra del rey de Túnez: Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 300. Cf. Carlos de AYALA, *Directrices fundamentales...*, p. 273; *MHE*, vol. I, nota 72. Sobre la campaña de Salé, que fue el destino final de la expedición, ver Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Alfonso X...*, p. 136-141.

30. El compromiso matrimonial se firmó en Barcelona a 28 de julio de 1260: Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 303. La muerte del infante Alfonso de Aragón, que convirtió en heredero al infante don Pedro (futuro Pedro III), se produjo, según Segarra, entre el 23 de enero y el 25 de marzo de 1260: Ferran de SEGARRA, «Noticias y documentos inéditos referentes al infante don Alfonso», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, núm. 68 (1917), citado por Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 309.

31. *MHE*, vol. I, nota 80.

había regulado sus relaciones, hasta 1264 amistosas y cordiales, con Muhammad I de Granada. De pronto se encontró con una realidad que no había sido capaz de prever y para la que no estaba preparado.

No es éste el momento para analizar los precedentes de la revuelta mudéjar de 1264. Lo he hecho en otro lugar.³² Destacaré, tan sólo, que fue una revuelta perfectamente preparada y urdida por el emir granadino, que sorprendió por completo a Alfonso X, hasta el punto de confesar en carta a don Pedro Lorenzo, obispo de Cuenca, que, cuando Muhammad I creyó que era el momento de iniciar las hostilidades, «enbiónos decir que non era nuestro uassallo.» Para añadir a renglón seguido que

[...] ante que los sus mandaderos se partiessen de nos, corriónos la tierra e combatiónos los castiellos e matónos los uassallos, e fázenos agora quanta guerra e quanto mal puede con su poder e el de allent mar.³³

Así, pues, la revuelta de los mudéjares y el ataque granadino a las plazas de la frontera constituyeron para Alfonso X una absoluta sorpresa. Fue como el despertar del sueño en que sus ambiciosos proyectos de cruzada y de imperio le tenían ocupado desde el inicio mismo de su reinado. De pronto, la tranquilidad que suponía la existencia de un sur mudéjar plenamente subyugado —esa España *tributada* que su padre Fernando III le legara— se había tornado en un peligro amenazante. La carta antes citada al obispo de Cuenca, fechada el 20 de junio de 1264, expresa el desconcierto del rey ante el aluvión de noticias que le llegaba desde todos los puntos de la frontera, noticias en las que se hablaba de toma de castillos, de pérdidas territoriales, saqueos por doquier y de muertes de sus vasallos. Jaime I, por su parte, refleja la magnitud del desastre cuando afirma que, en tres semanas, Alfonso X perdió nada menos que «tres-centes entre ciutats e viles grans, e castells».³⁴ La cifra puede parecer exagerada. No lo es tanto si tenemos en cuenta el elevado número de alquerías, puntos fortificados y hasta ciudades y villas de importancia, como Murcia o Jerez, que cayeron en cuestión de días en manos de los granadinos y de los mudéjares sublevados.

La reacción de Alfonso X, pasada la sorpresa inicial, no se hizo esperar, aunque tardaría un poco en materializarse. Para empezar, había que recabar recursos, de los que el rey no andaba muy sobrado después del esfuerzo de la larga campaña de Niebla. Para ello, recurrió a la predicación de la cruzada escribiendo a todos los obispos de sus reinos, y esa era la intención de la carta dirigida al obispo de Cuenca. También recibió la ayuda militar de su yerno Alfonso III de Portugal. Pero la más importante y decisiva fue la que le prestó el rey de Aragón, a la que, por cierto, no alude ni de pasada la *Crónica de Alfonso X*. En cambio, la documentación aragonesa y la propia crónica de Jaime I ofrecen abundantes testimonios de la misma. Según el *Llibre dels feits*, la noticia de la sublevación de los mudéjares y la petición de ayuda que su hija doña Violante le hizo le llegaron estando en Sigena.³⁵ Tras acaloradas discusiones con sus consejeros, que exigían que antes de acudir en socorro del rey castellano le exigiese la entrega de los castillos reclamados por Aragón, entre ellos el de Requena, el monarca ara-

32. Cf. Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Alfonso X...*, p. 163 y siguientes. Ver también una excelente síntesis sobre las implicaciones políticas de la guerra en FRANCISCO GARCÍA FITZ, *Relaciones políticas y guerra. La experiencia castellano-leonesa frente al Islam. Siglos XI-XIII*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998, p. 218-226.

33. Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ (ed.), *Diplomatario andaluz de Alfonso X*, Sevilla, El Monte, Caja de Huelva y Sevilla, 1991, núm. 286, p. 314.

34. *Llibre dels feits*, cap. 378.

35. Según Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 352, Jaime I estuvo en Sigena el 24 de junio de 1264. La petición de ayuda le fue transmitida en carta de la reina traída por Beltrán de Vilanova: *Llibre dels feits*, cap. 379.

gonés expresó su voluntad de convocar Cortes en Barcelona y Zaragoza, no para hablar de la oportunidad o no de acudir en auxilio de Alfonso X, que era algo que estaba fuera de toda discusión, sino simplemente para recabar la ayuda económica necesaria para ello.³⁶

En efecto, desde que le llegaron nuevas de la sublevación de los mudéjares, Jaime I comenzó a tomar medidas para apoyar, directa o indirectamente, a Alfonso X. Así, estando en Tarragona alude a la expedición que está preparando «cum maxima militum quantitate contra Regem Granate et alios inimicos fidei cristiane.»³⁷ Las Cortes catalanas reunidas en Barcelona en la primera quincena de noviembre de 1264 pusieron bastantes dificultades para la aprobación de un impuesto, lo mismo que harían semanas más tarde las Cortes aragonesas en Zaragoza. Sólo la decisión y el empeño personal del rey, aún a costa de una sublevación nobiliaria rápidamente atajada, hicieron posible la prestación de ayuda a Alfonso X. Pero, entre una cosa y otra, la movilización de las tropas aragonesas y catalanas no pudo realizarse hasta el mes de mayo de 1265.³⁸ Para entonces, Alfonso había controlado ya la sublevación en Andalucía y obligado a Muhammad I de Granada a solicitar paz y tregua.

En diciembre de ese año, una vez pacificada la región, Alfonso X emprendió el camino a Murcia con la intención de unirse al ejército aragonés que estaba ya operando en la zona de Alicante, Elche y Orihuela. Una vez en Alcaraz, Alfonso aguardó la llegada de su suegro Jaime I, quien le informaría del curso de las operaciones militares. Desgraciadamente, la crónica del rey aragonés, tan detallista en la mayoría de los casos, se limita a decir que ambos monarcas hablaron del «fecho de los moros» («aquí parlam del feict dels sarraïns»)³⁹. Tratarían también del plan de asedio de Murcia y de las condiciones de su capitulación. Sin embargo, es posible que estos proyectos se viesan alterados por algún acontecimiento imprevisto que obligó a Alfonso X a interrumpir su ida a Murcia y a regresar a Villa Real (hoy Ciudad Real), en donde vuelve a documentarse su presencia el primero de febrero, precisamente el mismo día en que Jaime I entraba en Murcia.⁴⁰ A comienzos de marzo, Alfonso X estaba ya de nuevo en Sevilla.

La campaña de Murcia fue extraordinariamente breve. Iniciada a comienzos de noviembre por el infante don Pedro, se aceleró tras la llegada de Jaime I a Alicante el 21 de dicho mes. Tras la entrevista con Alfonso X en Alcaraz pocos días más tarde, llegaron a Alicante los refuerzos enviados por el monarca castellano a las órdenes de los adelantados de Murcia y de Castilla, así como las huestes santiaguistas con su maestre don Pelayo Pérez Correa al frente. Tras rápidas negociaciones, en diciembre se rendía Elche. El día 25 Jaime I estaba ya en Orihuela, donde pasó la Navidad. El primero de enero el monarca aragonés y su hueste abandonaron Orihuela y el día 5 iniciaba Jaime I el asedio de la capital del reino, que acabaría capitulando a las pocas semanas.

36. Las razones alegadas por Jaime I para no dudar en acudir en ayuda de su yerno Alfonso X fueron que no podía fallar a «ma filla ni a mes néts» ni dejar de ayudar a su yerno, pues eso sería lo mismo que enemistarse con él, y, lo más importante, que defendiendo al rey de Castilla defendía también su reino de la amenaza de los moros.

37. Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 353.

38. En un diploma, Jaime I se compromete a pagar a Pedro Martínez de Luna 10.020 sueldos jaqueses al mes «pro porcione vestra et militum ac ballisteriorum»: Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 371-372.

39. *Llibre dels feits*, cap. 432.

40. Desconocemos con exactitud el motivo del regreso de Alfonso X a Andalucía. La única explicación posible es la ruptura por parte del rey de Granada del pacto de Alcalá de Abenzaide, debida a la sublevación, alentada por Alfonso X, del clan granadino de los Ashqilula, descontentos por el trato de favor que el sultán granadino dispensaba a los benimerines y por la pérdida de poder en el seno del ejército que ello suponía. Ello debió dar lugar a un nuevo pacto con Granada que, según parece, debió firmarse, como el primero, en Alcalá de Abenzaide, en 1267.

Las negociaciones para la rendición de Murcia se iniciaron en torno al día 20 de enero, concluyendo el 26 del mismo mes.⁴¹ Según lo estipulado, la guarnición granadina abandonó el alcázar el día 29, tomando posesión del mismo el día siguiente un contingente cristiano formado por cincuenta caballeros y ciento veinte ballesteros de Tortosa. El día 31 entró Jaime I en el alcázar y dispuso la división de la ciudad en dos sectores: la medina, con la mezquita mayor incluida, para los cristianos y el arrabal de Arrixaca para los moros que quisiesen permanecer en Murcia. El primero de febrero, con la consagración de la mezquita mayor al culto cristiano, concluían la campaña militar y la historia del reino hudita de Murcia.

Conquistada la ciudad, Jaime I se apresuró a ponerse en contacto con Alfonso X para pedirle que enviase tropas que se hiciesen cargo de la defensa de las ciudades y castillos recuperados. Mientras llegaba su respuesta, entregó el gobierno del territorio al adelantado de Murcia, don Alfonso García de Villamayor. No obstante esta transferencia de poder, Jaime I efectuó, en nombre del rey de Castilla, algunas donaciones de bienes inmuebles y hasta un repartimiento, que no ha llegado a nosotros, entre aquéllos de su ejército que mostraron deseos de establecerse en el reino de Murcia.⁴² Resueltos los asuntos murcianos, Jaime I emprendió el regreso a Valencia dejando tras de sí en Murcia un importante contingente militar. El 9 de marzo estaba en Alicante, donde permanecería hasta comienzos de abril.

Según el *Libro de los hechos*, Alfonso X agradeció a su suegro «l'amor que nos li aviem feita» al recuperar Murcia.⁴³ Sin embargo, una vez asentada la autoridad castellana sobre el territorio, exigió de la aljama murciana la anulación de los acuerdos firmados con Jaime I⁴⁴ y ordenó la revisión del reparto de tierras efectuado por éste.

El repartimiento de Murcia comenzó a realizarse apenas evacuada la ciudad por las tropas de Jaime I. Alfonso X consideraba que su suegro se había extralimitado en sus facultades al otorgar a los mudéjares una capitulación demasiado generosa que, de hecho, significaba la división por mitad entre moros y cristianos tanto de la ciudad como de su término. Por si fuera poco, había efectuado por su cuenta un reparto entre sus propios soldados que rompía con la tradición castellana en materia de repartimientos. En efecto, en vez de favorecer el asentamiento de un elevado número de pequeños y medianos propietarios, el rey aragonés, que pensaba que con la instalación de unos cien caballeros podía garantizarse la defensa de la ciudad y del reino,⁴⁵ había hecho una serie de donaciones que Torres Fontes no duda en calificar de «exorbitantes» tanto por su extensión como por el desconocimiento que evidenciaban de las peculiaridades agrícolas de la zona.⁴⁶ Así, pues, el monarca castellano

41. Ver un amplio relato de las negociaciones en el *Llibre dels feits*, cap. 436-450, p. 157-160.

42. Miret i Sans registra algunas de estas donaciones. El 20 de febrero otorgaba a Bertran de Vilanova unas casas junto a la antigua mezquita; el día 25, a Nicolau de Vallverd, «portario nostro», las casas que fueron de Mahomat Alcastalla «in parte christianorum»; el día 27, a G. de Cardona, las casas que fueron de Mahomat Arden, cuñado del rey de Murcia, y las que fueron de Mahomat Alcasallo, a Bernat de Albalat, balletero; el 4 de marzo, a Pericó de Valencia, unas casas lindantes con la «alhóndiga del almacén»: Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 383-384. Publica todos estos documentos Juan TORRES FONTES, *La reconquista de Murcia en 1266 por Jaime I de Aragón*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1987, p. 197-202.

43. *Llibre dels feits*, cap. 453.

44. Publica este importante texto que permitió a Alfonso X tener las manos libres para actuar en el reino de Murcia, Juan TORRES FONTES, *Documentos del siglo XIII*, Murcia, 1969, núm. 30. Una copia del mismo documento, cuyo original estaba escrito en árabe y en romance, se conserva en el ACA, reg. 15, f. 24r. Lo firman los alguaciles Abubacre Abuadah y Abuambre Abengalip, y llevaba el sello de Boabdil Abenhud, rey de Murcia.

45. Esta noticia y el reproche que Jaime I dirigió a su yerno Alfonso se recoge entre los famosos consejos que le dio durante la estancia de ambos en Tarazona, en diciembre de 1269: cf. *Llibre dels feits*, cap. 498, p. 173.

46. Una de las principales donaciones hechas por el monarca aragonés fue la que benefició a su pariente Guillem de Rocafull, a quien otorgó las villas de Alpera y Abanilla. Cf. Juan TORRES FONTES, *La reconquista de Murcia...*, p. 167; Juan TORRES FONTES, *El señorío de Abanilla*, Murcia, Diputación Provincial, 1962, p. 23-33.

se encontraba ante unos hechos consumados que se agravaban con la presencia de un numeroso contingente de súbditos del rey aragonés, lo que podría significar un obstáculo a la hora de implantar unas estructuras jurídicas y organizativas de cuño castellano.⁴⁷

LOS CONSEJOS DE JAIME I A ALFONSO X

1268 y 1269 fueron años importantísimos en la historia de las relaciones entre Alfonso X y el Conquistador. A fines del primer año, ambos monarcas coincidieron en Toledo con motivo de la consagración del infante don Sancho, hijo del rey aragonés, como arzobispo de Toledo. En su *Crònica*, don Jaime refiere brevemente su viaje a la ciudad del Tajo y la acogida afectuosa que Alfonso X le dispensó en el monasterio de Huerta a su entrada en Castilla. La consagración episcopal debió tener lugar pocos días antes de la Navidad de 1268.⁴⁸

Unos meses más tarde, también en Toledo, se firmaron las capitulaciones entre el primogénito de Alfonso, el infante don Fernando de la Cerda, y Blanca, hija de san Luis de Francia. La boda tuvo lugar en Burgos a finales de noviembre de 1269 y fue todo un acontecimiento. A pesar de su significado político, que no podía ser muy del gusto del rey de Aragón, receloso sin duda de este acercamiento entre Francia y Castilla, la boda fue antes que nada y desde otra perspectiva una gran celebración familiar que selló, superados los recelos de años anteriores, la ya probada amistad entre Jaime I y Alfonso X. El *Llibre dels feits* se complace en referir con todo lujo de detalles el clima de cordialidad que presidió esta boda de estado a la que la presencia de los dos monarcas y de sus respectivas familias dio un tono de reunión familiar, cordial y entrañable. En efecto, según Jaime I, el monarca castellano, que se había desplazado hasta Ágreda para acoger a su suegro, salió a su encuentro en el camino entre Tarazona y Ágreda «con gran alegría y nos abrazó tres veces, llorando.»⁴⁹

El 30 de noviembre de 1269, día de San Andrés, se llevó a cabo la ceremonia religiosa de la bendición nupcial.⁵⁰ Según Jaime I, a la boda acudieron don Alfonso de Molina, tío del monarca castellano, el infante don Felipe, hermano de Alfonso X, el rico hombre don Nuño González de Lara y «todos los otros obispos y ricos hombres de Castilla». A ellos se incorporaría pocos días después el nutrido séquito que acompañaba a doña Blanca desde Francia y que había llegado a Logroño a finales de noviembre. Presidía la comitiva francesa Alfonso, conde de Eu y primo de Alfonso X,⁵¹ en la que probablemente también estaba Felipe «el Bel», el futuro Felipe IV el Hermoso, sobrino de doña Blanca. Por su parte, la *Crònica de Alfonso X* afirma que «desde Logronno venieron todos a Burgos. E fueron juntados y del regno e de fuera del regno muchas gentes, e fizieron y muchas alegrías.»⁵²

47. Cf. Juan TORRES FONTES, «Jaime I y Alfonso X. Dos criterios de repoblación», en *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. II, Barcelona, 1969, p. 329-340; reimpresso en *Repartimiento y repoblación de Murcia en el siglo XIII*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1990, p. 211-221.

48. *Llibre dels feits*, cap. 473-474. Ver también Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 417-418.

49. «Trobam lo rei de Castella en mig de la carrera, que exia a nós, e hac molt gran alegría ab nós, et abraçà'nos tres veïades, e ploram»: *Llibre dels feits*, cap. 494.

50. No puede ser coincidencia, sino algo perfectamente calculado, que cincuenta años antes, el 30 de noviembre de 1219, hubiesen contraído matrimonio en Burgos Fernando III y Beatriz de Suabia, abuelos del infante don Fernando.

51. El *Llibre dels feits* lo identifica con un tal «conde Odón», hermano de Juan de Acre, emperador de Constantinopla: cap. 495.

52. *Crònica de Alfonso X*, ed. de Manuel González Jiménez, Murcia, Academia «Alfonso X el Sabio», 1998, cap. 495. La noticia de la presencia del futuro Felipe IV el Hermoso debe ser un error del cronista, ya que éste había nacido en 1268, el año anterior a la boda del infante don Fernando de la Cerda.

La misma crónica refiere los festejos de la boda y los múltiples agasajos que el rey hizo a sus invitados, destacando que don Fernando fue armado caballero por su padre el rey y que, a continuación, el infante heredero armó por sí mismo a otros muchos personajes y nobles, entre ellos a sus hermanos los infantes don Juan y don Pedro, y a don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya. Pero no todo fueron alegrías. El infante don Sancho, segundo hijo varón del rey, dando muestras ya de un carácter que no se correspondía con su edad, se negó tajantemente a ser armado caballero por su hermano mayor. El hecho, por sorprendente, pudiera parecer a primera vista una invención del autor de la *Crónica alfonsí* si no fuese porque el mismo relato, con muchos más detalles, se contiene también en la *Crónica de Jaime I*, que fue testigo presencial de los acontecimientos. En efecto, el rey aragonés refiere que aconsejó al infante don Sancho que tomase «caballería de vuestro padre y no de otro hombre.»⁵³

Refiere algunas cosas más, y de mucho interés, el *Llibre dels feits*. Alude don Jaime a una conversación habida con don Nuño de Lara en la que éste se declaró dispuesto a ponerse a su servicio. Probablemente estaba tanteando la opinión del monarca aragonés de cara a la conjuración nobiliaria contra Alfonso que estallaría en el otoño de 1272. El Conquistador, dando muestras de su probada prudencia, agradeció la oferta y se ofreció para mediar ante su yerno el rey a fin de que éste diese satisfacción a las quejas de los magnates castellanos. Nuño, entonces, recogió velas y declaró de forma enfática que en modo alguno estaba quejoso del rey sino todo lo contrario, ya «que él [Alfonso X] le había heredado y buscado esposa y él le había hecho todo el bien que un señor puede otorgar a su vasallo.»⁵⁴ El astuto monarca aragonés intuyó que las cosas no iban muy bien entre Alfonso y sus nobles, dejando para más adelante advertir a su yerno de la necesidad de no enajenarse el apoyo de su gente.

Como hemos venido señalando, las relaciones entre Alfonso X y Jaime I habían ido mejorando con el paso del tiempo. Tras años de suspicacia y rivalidad, el rey castellano fue desarrollando hacia su suegro una amistad entrañable, mezcla de admiración y cariño sinceros. Uno y otro eran personalidades muy afectivas, que gozaban de la amistad y de las efusiones externas de cariño. Por ello no es de extrañar que, concluidas las bodas, Alfonso acompañase a su suegro hasta la frontera de Aragón y que se dejase convencer para aceptar la invitación de pasar con él la Navidad en Tarazona. Jaime I había visto, por debajo del boato y magnificencia de las bodas reales, muchas cosas que deseaba dar a conocer a su yerno.

Las jornadas navideñas transcurridas en Tarazona fueron, si hemos de creer al conquistador de Valencia, siete, y en cada una de ellas, en largas conversaciones al amor de la lumbre, el viejo rey fue desgranando para su yerno una serie de consejos políticos sobre los que merece la pena detenerse, aunque sólo sea para enumerarlos sin más que un breve comentario.⁵⁵

El primer consejo tenía que ver con un rasgo del carácter de Alfonso X, que le había dado y daría en el futuro más de un problema: su incapacidad manifiesta para decir que no. Ello le había llevado a quebrantar, en más de una ocasión, la palabra dada. Jaime I le aconsejó que «más valía pasar por la vergüenza de decir que no a los que le solicitaban alguna cosa que tener que arrepentirse por no poder cumplir lo prometido.»

El segundo consejo abundaba en la misma idea, aunque se refería a las promesas acordadas por escrito. La opinión de Jaime I era que las cartas, pactos y privilegios debían ser respetados. Por ello,

53. *Llibre dels feits*, cap. 495.

54. *Llibre dels feits*, cap. 496.

55. Hemos manejado tanto la versión catalana como la latina de la crónica de Jaime I. Cf. *Llibre dels feits*, cap. 498, y *La crónica latina de Jaime I*, ed. de María de los Desamparados Martínez San Pedro, Almería, Gráficas Ortiz, 1984, p. 382-383.

era preciso pensar muy bien antes de otorgarlos. ¿Se refería acaso el monarca aragonés al incumplimiento de algún convenio entre Aragón y Castilla? Es probable, ya que subsistían sin resolver antiguos contenciosos de frontera que deberían haberse resuelto hacía tiempo.

Los consejos siguientes eran de índole más política. Tras la advertencia general de que todo gobernante debía procurar tener de su parte el amor de sus súbditos, Jaime I recuerda a Alfonso X que la Iglesia y las ciudades eran los dos pilares fundamentales e insustituibles del poder monárquico, ya que son en su conjunto «gente que ama Dios más que a los caballeros.» Su experiencia conflictiva con los barones aragoneses y su propia sintonía con el pensamiento político de Alfonso le prevenían contra la nobleza. Evidentemente, lo mejor era tener a todos los estados del lado de la Corona, pero, si ello no fuera posible, su consejo era que retuviese a la Iglesia y a los concejos, «pues con éstos se puede destruir a los otros.»

El quinto consejo era más bien una queja, casi un agravio personal. Se refería a Murcia, ciudad y reino que habían sido recuperados para Castilla por su propio esfuerzo y el de sus súbditos. Como hemos señalado más arriba, Jaime I había concertado con los moros murcianos unas capitulaciones generosas y había efectuado un repartimiento entre quienes habían participado en la conquista. Alfonso X, que no estuvo de acuerdo con lo hecho por su suegro, tal vez porque su modelo de repoblación no coincidía con el del rey aragonés, había anulado de forma casi completa la obra de Jaime I en Murcia, empezando por los términos de la propia capitulación de los moros murcianos. Jaime I no podía, por tanto, sentirse satisfecho por la desautorización —que tenía visos de ingratitud— de su política. Y en este sentido, por si todavía podía remediarse lo que él seguía considerando como un error de Alfonso, le pidió, en primer lugar, que respetase las cartas y los compromisos que él había contraído con los moros; y, en segundo lugar, que en vez de instalar tantos pobladores con poca tierra, que repartiese la mayor parte de ella entre unos cien caballeros generosamente heredados y diese el resto a la gente de menor condición. Alfonso tomó nota del consejo, pero, como hemos visto, no cambió en modo alguno de política repobladora ni, menos aún, restauró los pactos otorgados por Jaime I a las autoridades mudéjares.

El texto catalán de la *Crónica de Jaime I* prescinde del sexto consejo o lo subsume de alguna manera en el anterior. La versión latina de la crónica añade un párrafo que bien pudiera ser el consejo que falta en el *Llibre dels feits*. Se refiere a la necesidad de instalar en las tierras recién repobladas a personas de calidad, convenientemente heredadas, que supiesen gobernar bien el territorio y defender los intereses de la Corona. Se trataba, indudablemente, de un consejo ocioso, por su obviedad.

El último consejo tenía un carácter mucho más personal. Se refería a la administración de justicia. Jaime I conocía o había oído quejas acerca de la forma de actuar, a veces demasiado expeditiva, del rey castellano. Por ello le recomendó que no administrase justicia en secreto y menos aún de noche. Y concluía con esta sabia apreciación: no es propio de un rey ocultar las acciones por las cuales se manifiestan su celo y su amor por la justicia.

LOS ÚLTIMOS ENCUENTROS

En el otoño de 1272, estalló la segunda y más importante sublevación nobiliaria con la que tuvo que lidiar Alfonso X. La encabezaban nada menos que el infante don Felipe y don Nuño González de Lara. Tras arduas negociaciones, los nobles acabaron exiliándose a Granada. La revuelta de la nobleza era, sin duda, expresión de un descontento generalizado que los nobles supieron aprovechar para reclamar del rey exigencias que a éste parecieron excesivas y hasta perjudiciales para la dignidad regia.

El exilio de los nobles se prolongó hasta fines de 1273. Pero las negociaciones para lograr que regresasen al reino fueron largas y complicadas. A la necesidad de restaurar la autoridad regia, se unía la urgencia del rey de resolver un problema que retrasaba su proyecto de entrevistarse con el papa Gregorio X para conseguir de éste el reconocimiento como emperador. La coyuntura era favorable. En 1272 había fallecido Ricardo de Cornualles, su contrincante en la lucha por el título imperial, pero su viaje al Imperio no podía llevarse a efecto sin haber resuelto el problema con la nobleza. Por ello, recabó la ayuda de su suegro Jaime para hacer uso de la fuerza en el caso de que fracasasen las negociaciones con los nobles y con el rey de Granada. La entrevista entre ambos reyes tuvo lugar a fines de agosto en Requena. Jaime I, que no estaba en condiciones de comprometerse a nada, dada la situación interior de su propio reino como consecuencia de sus malas relaciones con su hijo y heredero el infante don Pedro y con los nobles, prometió ayudar a su yerno en el caso de que estallase la guerra con Granada.⁵⁶ Afortunadamente, no hubo necesidad de las armas para someter a los nobles rebeldes. Las buenas gestiones de la reina doña Violante consiguieron que don Nuño de Lara aceptase la propuesta del rey, que permitió el regreso de los nobles a Castilla.

Pacificado el reino, Alfonso X celebró en 1274 Cortes en Burgos y en Zamora, en las que recabó una ayuda económica para hacer frente a los cuantiosos gastos del viaje al Imperio. También nombró regente del reino a su hijo primogénito, don Fernando de la Cerda, que acababa de cumplir los veinte años de edad. En plena vorágine de los preparativos de la ida al Imperio, surgió un nuevo problema que a punto estuvo de impedir a Alfonso su proyectado viaje. A mediados de 1274, fallecía el rey navarro Enrique I, dejando como heredera a su hija Juana, que entonces apenas si tenía dos años de edad.⁵⁷ Se planteaba un problema sucesorio que podía alterar el delicado equilibrio peninsular. Jaime I reclamaba derechos sobre Navarra, lo mismo que Castilla. Para Alfonso X, implicarse personalmente en el asunto hubiera significado tener que renunciar al viaje al Imperio que era, desde hacía tiempo, su obsesión. Por ello renunció a sus derechos en favor de su hijo y heredero Fernando, cosa que éste se apresuró a comunicar a su abuelo Jaime I de Aragón. El 24 de agosto respondía el rey aragonés a su nieto afirmando los derechos que asistían a Aragón para considerar a Navarra como cosa suya.⁵⁸

Cuando la carta llegó a manos del infante, éste había ya iniciado una campaña por la zona de La Rioja que a punto estuvo de derivar en un conflicto serio con Aragón. En efecto, el primero de septiembre don Fernando estaba sitiando Viana, como se comprueba por un diploma dado en dicho lugar. Allí, en las «posadas» de Viana, permanecía el día 3 de dicho mes. Las escaramuzas debieron prolongarse hasta el año siguiente. El 14 de enero de 1275 el infante estaba en Albelda y allí continuaba el 24 del mismo mes. El saldo de esta breve guerra fue la ocupación de Mendavia.

El 15 de octubre de 1274, desde Alicante, Alfonso X emprendía el viaje al Imperio a través del reino de Valencia, en cuya capital ya estaba el 20 de noviembre.⁵⁹ Sorprende que la *Crónica de Alfonso X* sepa tan poco del viaje del rey al Imperio, un acontecimiento que no pasó desapercibido a ninguno de sus contemporáneos.⁶⁰ Por fortuna, las crónicas catalanas ofrecen una abundantísima infor-

56. *Llibre dels feits*, p. 164-165. Según Antonio BALLESTEROS, *Alfonso X...*, p. 670, la entrevista tuvo lugar en el mes de agosto. O'Callaghan precisa que fue entre los días 22 y 28 de agosto (Joseph F. O'CALLAGHAN, *El Rey Sabio*, p. 274), basándose en un hueco en el itinerario del rey aragonés entre esas dos fechas. Cf. Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 485.

57. Sigo en lo esencial mi estudio: Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, «El infante don Fernando de la Cerda. Biografía e itinerario», en *Literatura y Cristiandad. Homenaje al profesor Jesús Montoya Martínez*, Granada, 2001, p. 531-555.

58. *MHE*, vol. 1, p. 304-305.

59. La llegada de Alfonso X a Murcia debió producirse en torno al 10 u 11 de noviembre.

60. *CAX*, p. 188.

mación sobre el viaje de ida y vuelta, especialmente el de ida. En efecto, el paso de Alfonso X por las tierras valencianas y catalanas fue seguido con enorme expectación por multitudes deseosas de contemplar a un personaje tan famoso. No era la primera vez que Alfonso visitaba el reino y la ciudad de Valencia. Las anteriores habían sido visitas rápidas y casi familiares. Pero la de 1274 era la de un monarca, el más poderoso de España, que, acompañado de un séquito numeroso y brillante, se dirigía a las lejanas tierras de la Provenza para reclamar al papa lo que en derecho y por herencia le pertenecía: el Imperio. A pesar de que Jaime I estaba en contra de este viaje, procuró dispensar a su yerno a lo largo de todo su recorrido un recibimiento espléndido, digno de su ilustre huésped y de sí mismo, tan amante de la simbología de los gestos y de saber estar a la altura de las circunstancias.

El cronista Ramon Muntaner, que fue en parte testigo de los hechos, nos ha legado un vivo relato del viaje de Alfonso desde Valencia a Francia. La llegada del rey castellano a Valencia, acompañado de su mujer la reina doña Violante y de sus hijos los infantes don Juan, don Pedro y don Jaime, y de su hermano el infante don Manuel, casado con Constanza, hija del rey de Aragón, fue el prólogo de un viaje triunfal. Refiere Muntaner que la regia comitiva fue recibida con juegos, torneos, desfiles de caballeros armados y de galeras montadas sobre carretas, preparadas por la gente de la mar, y batallas de naranjas. Quince días duró la estancia de Alfonso y su comitiva en Valencia; fueron días de continua fiesta, de forma que nadie trabajó en la ciudad mientras el rey castellano permaneció en ella, tantas fueron las diversiones, los juegos y las danzas organizados en su honor.⁶¹

Muntaner traza con todo detalle el itinerario seguido por Alfonso X hasta llegar a Barcelona, «la más noble ciudad y la mejor que el señor rey de Aragón tenga», donde fue recibido con «la fiesta y juegos de todas las otras ciudades («la festa e els jocs de totes altres ciutats»)⁶² El *Llibre dels feits* relata que la familia real castellana pasó toda la Navidad, hasta finales de enero, en Barcelona junto al rey aragonés y sus hijos.⁶³ Durante estas semanas, ambos monarcas mantuvieron largas conversaciones, cuyo sentido resume el cronista regio en los siguientes términos:

Terminada la fiesta de Navidad, el rey de Castilla nos pidió consejo y nos dijo que quería ir a verse con el Apostólico para tratar sobre el agravio que le hacía en el *fecho del Imperio* y sobre otros muchos que le había hecho. Y nos le aconsejamos que no hiciese ese viaje por nada del mundo, porque no le convenía ir a tierra tan extraña, tanto más que debía pasar por la tierra del rey de Francia, de quien él se temía.⁶⁴

Tenía toda la razón el Conquistador. La reunión habida en Belcaire, junto al Ródano, en la parte francesa y no en la imperial, como hubiera sido el deseo del monarca castellano, dejó meridianamente claro que Gregorio X no iba a dar el brazo a torcer. El asunto del Imperio era cosa del pasado. Rodolfo de Austria había sido elegido emperador y sólo faltaba la formalidad de su venida a Roma para ser coronado emperador por el papa.

61. Ramon MUNTANER, *Crònica...*, p. 686.

62. Ramon MUNTANER, *Crònica...*, p. 687.

63. Por un diploma al concejo de Trujillo, consta la presencia del rey en Barcelona el 23 de enero: RAH, colección Salazar, M-70, f. 59r-60v. Inserta en confirmación de Enrique IV (1460). Según Desclot, Alfonso X permaneció en Barcelona cuarenta y tres días. Los gastos ascendieron a diez mil sueldos barceloneses diarios: Bernat DESCLOT, *Llibre del rei...*, p. 454. Los gastos, por tanto, de la estancia de los reyes de Aragón y Castilla y sus respectivas familias y séquitos en Barcelona debieron ser enormes. Para hacer frente a los mismos, Jaime I solicitó un préstamo de 35.000 sueldos a un tal Ferrer Mayol: Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 510. Por su parte, Bernat Sapllana, ciudadano de Valencia, prestó al rey para lo mismo cuatro mil sueldos: Joaquim MIRET I SANS, *Itinerari...*, p. 511.

64. *Llibre dels feits*, cap. 547.

Las conversaciones entre Gregorio X y Alfonso X debieron concluir a finales de julio o muy a comienzos de agosto, porque el 5 de este mes el monarca castellano estaba ya de vuelta en Montpellier.⁶⁵ El regreso del rey, a diferencia del viaje de ida, no tuvo nada de triunfal. Por el contrario, fue más bien triste y doloroso. A la negativa del papa y a los escasos resultados prácticos de tres meses de conversaciones, se añadió la noticia preocupante de que, de nuevo, la guerra había estallado en la frontera de Granada. Y junto con ella, la triste nueva del súbito fallecimiento de su heredero, don Fernando de la Cerda, cuando se dirigía a Andalucía para hacer frente a la invasión de granadinos y benimerines, así como la de la derrota y muerte en Écija de don Nuño González de Lara, y, por si fuera poco, la de su cuñado don Sancho de Aragón, arzobispo de Toledo, en Martos.

En su viaje de regreso a Castilla, el rey, abrumado por tantos desastres, enfermó gravemente en Montpellier. A su enfermedad se añadió, pocos días después, la muerte de Alfonso Manuel, el hijo primogénito del infante don Manuel, que le había acompañado en su viaje a Belcaire, y, por si fuera poco, pasado Perpiñán, la de su hija menor, la infanta doña Leonor.⁶⁶ Nada tiene de extraño que, a pesar de su mala salud, el rey forzara la marcha para llegar cuanto antes a Castilla, pasando por Girona, Lérida y Zaragoza, Calatayud y Medinaceli. El 2 de febrero, tras varias semanas de estancia en la aldea de Camarena, Alfonso rendía viaje en Toledo. Llegaba enfermo y derrotado, y con la certeza de estar en boca de todos y el convencimiento de estar rodeado de traidores y desagradecidos. Sin embargo, lo peor estaba por llegar.

Por lo que hace a Jaime I, también su reino sufrió los efectos de la reanudación de la guerra y de la entrada en acción del nuevo poder norteafricano. El incombustible Al-Azraq, refugiado hasta entonces en Granada, regresó a Valencia, donde promovió otra sublevación de los mudéjares que fue aplastada con rapidez y contundencia por el infante don Pedro. El 27 de julio, en Valencia, fallecía Jaime I, tras un largo, agitado y fecundo reinado. Le sucedería Pedro III, llamado el Grande. Con la muerte del Conquistador, a la que seguirían las de Sancho III de Portugal (1279) y Alfonso X el Sabio (1284), se abría una nueva época y entraba en escena una nueva generación de monarcas hispanos: Pedro III de Aragón, D. Dinís de Portugal y Sancho IV de Castilla y León, una generación más pragmática y más «política», si cabe. Alfonso X tendría ocasión de comprobarlo en la forma de actuar tanto de su hijo Sancho como de su cuñado Pedro III. A diferencia de su padre, el rey don Jaime, tan caballeroso y proclive a mantener los lazos familiares por encima de otras consideraciones, Pedro situó siempre en primer lugar la razón de estado, como se comprobó en el apoyo que prestó a su sobrino el infante don Sancho de Castilla en su enfrentamiento con su padre. O en el doble juego que, de común acuerdo, practicarían Sancho y Pedro en las conversaciones que condujeron a la firma del Tratado de Ágreda-Campillo de 1281. Eran, evidentemente, otros tiempos.

65. En ese día otorgaba un privilegio en favor del juez real en Ávila, Velasco Velázquez, y de sus hermanos, quienes estaban «acá conmigo»: Paulina LÓPEZ PITA, *Documentación Medieval de la Casa de Velada*, Ávila, 2002, vol. I, núm. 24.

66. Cf. *Anales Toledanos*, ed. de A. Floriano, *Cuadernos de Historia de España* (Buenos Aires), vol. XLIII-XLIV (1967), p. 173 (59). Bernat Desclot refiere que «en aquell viatge, mentre se'n tornava a Barcelona, morí un seu nebot, fill d'En Manuel son frare, e una sua filla, molt bella donzella, que havia dom dona Leonor»: Bernat DESCLOT, *Llibre del rei...*, p. 454a.